

Cartografías Hispánicas

Literatura y Cultura

Germán Brignone
Mabel Brizuela
María Teresa Toniolo
René Vijarra
(editores)





CARTOGRAFÍAS HISPÁNICAS

Literatura y Cultura

Germán Brignone
Mabel Brizuela
María Teresa Toniolo
René Vijarra
(editores)

Facultad de Filosofía y Humanidades
Universidad Nacional de Córdoba

••
Área de
Publicaciones

8offyñ
AÑOS
Facultad de Filosofía y Humanidades



unc

Cartografías hispánicas: literatura y cultura / editores Germán Brignone ... [et al.]. - 1a ed. - Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2026.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-33-1944-4

1. Literatura. 2. Literatura Española. 3. Cultura Europea. I. Brignone, Germán

CDD 800

2026 © Germán Brignone, Mabel Brizuela, María Teresa Toniolo, René Vijarra

2026 © Área Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades

Maquetación y diseño: Mariana Valdez / mariana.valdez@unc.edu.ar

Área Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades

Jefe Área Publicaciones: Jeremías Corazza

Comunicación institucional: Paloma Braverman

Diseño y arte de portada: Manuel Coll

Diagramación y diseño de interior: María Bella y Luis Sánchez Zárate

2026

Facultad de Filosofía y Humanidades - Universidad Nacional de Córdoba

Decana: Alejandra Castro

Vicedecana: Andrea Bocco

<https://ffyh.unc.edu.ar/publicaciones/>

Facultad de Lenguas - Universidad Nacional de Córdoba

Decana: Graciela Ferrero

Vicedecano: Fabián Negrelli

<https://www.lenguas.unc.edu.ar/>

Asociación Argentina de Hispanistas

<https://www.aahispanistas.org/>

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723

ISBN

“Harto mejor me iba a mí con el otro marido”. Crisis de la virilidad en *El prevenido engañado* de María de Zayas

Juan Diego Vila

Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas
“Dr. Amado Alonso”

Universidad de Buenos Aires
juandiegovila2@gmail.com

Resumen

Un aspecto ignorado por la crítica en el análisis de *El prevenido engañado* es el impacto de los manuales de educación femenina en la obra de María de Zayas. Pues estas narrativas pedagógicas permiten clarificar, a la par de las ideales destinatarias de la escritura, el confín sombrío del colectivo masculino necesitado, también, de avisos y advertencias sociales. Uno y otro ángulo permiten comprender cómo, en *El prevenido engañado*, se escenifica la crisis del ideario viril y los conflictos generados por las expectativas de una libertad plena por parte de las mujeres.

Palabras clave: María de Zayas, *El prevenido engañado*, manuales de educación femenina, estudios de género, masculinidad

Abstract

An aspect ignored by critics in the analysis of *El prevenido engañado* is the impact of the female education manuals in María de Zayas' work. For these pedagogical narratives make it possible to clarify, along with the ideal female readers of the writing, the somber confines of the male collective, also in need of warnings and social admonitions. Both angles allow us to understand how, in *El prevenido engañado*, the crisis of the virile ideology and the conflicts generated by women's expectations of full freedom are staged.

Keywords: María de Zayas, *El prevenido engañado*, manuals on female education, gender studies, masculinity

-I-

Mi interés por ‘El prevenido engañado’, la cuarta de las *Novelas amorosas y ejemplares* narrada por don Alonso en la segunda velada, se enmarca en un proyecto de investigación colectivo que atiende al vínculo entre la constelación imaginaria cervantina y la estética de María de Zayas. Pero también he de precisar que es deudora de mi frecuentación de un conjunto de textualidades que, en más de un abordaje, se consideraron paraliterarias: los nunca bien considerados ‘Manuales de educación femenina’, tipología textual de netas pretensiones subjetivas mediante las cuales una varia constelación de pensadores, pedagogos, moralistas y teólogos fueron nominando, textualmente, el correcto modo de ser mujer en los distintos estados femeninos de la primera edad moderna (Vila, 2006 a), 2006 b) y 2011).

El texto que habilita el reconocimiento de una verdadera familia de obras afines es *La instrucción de la mujer cristiana* de Luis Vives, manual cuyas directrices sustantivas, en lo formal y en lo temático, ha de replicarse, sin grandes variaciones, en los ingenios posteriores de forma tal que, si por caso, consultamos la *Vida política de todos los estados de mujeres* de Juan de la Cerda, estrictamente coetánea con el *Quijote*, constataremos que el plan escriturario es semejante y que, de un modo palimpséstico, las temáticas abordadas y los ejemplos esgrimidos para las diversas tesis se repliegan, usualmente, sobre los precedentes letrados sobre los cuales se pueden ir adosando nuevos casos ilustres.

El contrato de lectura que subyace en estas narrativas pedagógicas es uno de los aspectos más elusivos a atender y ha sido, a lo largo de muy varios abordajes que analizaron su entidad y su impacto en otras obras, una de las causas de mayores contrasentidos. En efecto, la dedicataria suele ser -como es de esperarse- alguna figura femenina de la nobleza, a quien se alaba explícitamente como aquella que, precisamente, no necesita en lo más mínimo las reconvenciones y consejos que se desgranán.

Suele aceptarse, empero, que las destinatarias masivas y primeras habrían de ser, necesariamente, las representantes de un colectivo femenino cuya rección, por condición social y estatus, se cree viable. Punto que no hay que olvidar porque, a las claras, la tasa de analfabetismo entre las mujeres era altísima y porque, además, de ser lectoras o de tener la posibilidad de ser instruidas o aleccionadas por terceros, debía constatarse que tuviesen tiempo, en las varias dinámicas domésticas de cada una, para esas enseñanzas.

La *ilusio* narrativa es básica pues los distintos apartados van relevando, del nacimiento a la muerte, los diferentes estados en que la mujer se encontrará -doncella, casada, viuda- y al interior de cada uno de ellos se desgranán los núcleos actitudinales que se buscan desarrollar de forma tal que, conforme crezcan, se garantice la férrea inoculación de sentimientos que organicen la autopercepción: la vergüenza en las doncellas, la obediencia en las casadas.

Tal disposición argumental, allende la fabulación de que la buena mujer consultará el manual para saber como comportarse, termina revelando que, en definitiva, estos textos tienen en los hombres los destinatarios primeros de las obras y que su autoridad podía pensarse delegada en figuras parentales o de responsabilidad con legítima incumbencia en la educación de las niñas. Puesto que, a las claras, ninguna niña analfabeta pensaría que tiene que leer el manual para saber cómo ser una buena hija/doncella.

Son estos solapamientos en la urdimbre enunciativa y en el fingimiento elocutivo adoptado -impostar, continuamente, que se les habla a ellas- lo que determinó que continuamente se haya atendido al impacto explícito de tales escrituras en la condición femenina, mas no se ha advertido, por el contrario, el necesario diálogo con los varones, perfiles espectrales que emergen una y otra vez en estas obras cuando lo preconizado involucra el poder o la autorización de un padre, marido o familiar masculino con prerrogativas sociales sobre la mujer.

En efecto, la gramática de situaciones existenciales que se representan y se explican en sus deseables realizaciones con catarata aluvional de ejemplos a mimar tienen sus puntos ciegos. Pues al censurar la práctica del autorizado uxoricidio por casos de honra la narración desenmascara que es a los hombres a quienes se les habla, y otro tanto ocurre, por cierto, cuando lo que se dirime es si la mujer debe o no debe ser alfabetizada de forma tal que pueda leer y hacer florecer su ingenio por cauces imprevisibles. Si se le permite leer o no y qué textos no es temática que la misma mujer dirima. Razón por la cual estas textualidades se revelan como escritos regulatorios del disciplinamiento viril de un colectivo minorizado y plenamente desautorizado. Son estrategias letradas por las cuales ellos habrían logrado multiplicar, *ad nauseam*, sus directivas y expectativas existenciales.

-II-

Me apresuro a aclarar, entonces, que no me interesa constatar cuánto de los procesos de representación de figuras femeninas en *El prevenido engañado* se ajusta, o no, a un ethos de naturalización narrativa de las protagonistas conforme el dogma social escriturario de los manuales. Su observancia, o focalizado desvío a atender, sustentan el verosímil contractual que la lectura amerita.

Quiero, en cambio, sugerir una tesis alterna, el que muchas de las peculiaridades de la cuarta novela han de explicarse como una interacción polémica con el perfil espectral de los hombres en los manuales de educación. Puesto que, creo advertir, la apuesta literaria de Zayas en este relato tiene en su mira un interrogante diverso: ¿quién ha certificado que sólo las mujeres necesitan educación? ¿no hay, acaso, una construcción socio-comunitaria de la recta virilidad?

¿no necesitan los hombres, también, ser educados? ¿Es la educación la solución de todo? Y, por otro lado, ¿es lógico pensar que sólo uno de los dos géneros puede educar al otro?

El prevenido engañado, al igual que los otros relatos que se comparten en el sarao, es anunciado, tipológicamente, como una maravilla, mas uno de los puntos que puede destacarse de este marco elocutivo es que sea éste uno de los ejemplos narrados por un varón -el pedagogo, en ese entonces, tiene rostro masculino- y que, además, en la anticipación argumental que daría sustento al uso de la palabra se advierten una serie de corrimientos perfectamente interpretables:

-Ya suele suceder, auditorio ilustre, a los más avisado y que van más en los estribos de una malicia, caer en lo mismo que temen, como veréis en mi maravilla, para que ninguno se confíe de su entendimiento ni se atreva a probar a las mujeres, sino que teman lo que les puede suceder, estimando y poniendo en su lugar a cada una; pues, al fin, una mujer discreta no es manjar de un necio, ni una necia empleo de un discreto; y para certificación de esto digo así. (Zayas, 2000, p.293)

En primer lugar, el hecho de que liminalmente se pontifique el temor como pasión rectora de la masculinidad y que este sentir sea recalcado de cara al auditorio masculino (“que teman”). Por otra parte, en esa misma cláusula, se despliega un interdicto intergenérico: la necesidad de no atreverse a probarlas. Cúmulo de acciones que, culturalmente, deberían resultar propio de la femineidad. En tanto que, en segunda instancia, se desgrane, como en los manuales, un anuncio tético que, muy llamativamente, no se cumplirá en la resolución del caso a narrarse pues lo que certifica el desenlace es que tan boba fue Gracia como bobo resultó don Fadrique.

El marco sanciona, como en las textualidades subjetivas, la asimetría de los géneros, en aleatoria y dispar combinación -la discreción y la necedad jamás están hermanadas en la máxima-. Quizás, entre otros motivos, porque la *ilusio* pedagógica pivotea sobre este desfasaje, quien debe aprender, si lo hace, debería migrar del mal, o estado de neutralidad axiológica, hacia el bien. Pero, como ya lo explicitamos, el desarrollo narrativo exhibe un corolario diverso.

Que lo narrado, en tanto paso ejemplar, ilustre el absurdo del diagnóstico previo, junto con la incapacidad de todo el auditorio -masculino y femenino- de advertir el sinsentido de lo interpretado es complejo de soslayar, máxime si se advierte que lo que queda en entredicho es la condición de “discreto” que cabría atribuirle a don Fadrique. La maravilla que evoca don Alonso le habría sido referida por el primo del protagonista quien, además, se habría interiorizado de todos los pormenores del fracaso viril de boca de su familiar afrentado. ¿quién, de todos esos varones, es el que ha evaluado el traspié de la honra masculina como paso trágico que le sobrevino a un discreto?

La educación de los individuos es, entre líneas, el gran tema de la novela cuarta y ello es perfectamente legible tanto en el despliegue impúdico de un sinfín de situaciones extremas, eróticas, bizarras, burlescas de las cuales, una y otra vez, la voz narrativa extraerá el ejemplo que confirma cierto preconceito fóbico que afecta al protagonista cuanto, por otra parte, en el secuencial aprendizaje, legado por las experiencias vitales, de que las mujeres discretas resultan ser terribles.

Don Fadrique debe aceptar, sufriendo, que la virtud de Serafina no era tal, que su malestar era un embarazo clandestino producto de tratos ilícitos con un cortejante previo -don Vicente- al cual había creído posible desplazar por juzgarse un candidato más apetecible para la familia de la doncella y ello lo conduce, traspié tras traspié, por un camino de imperfección en el cual por culpa de la pasión seguirá frecuentando discretas que, a la postre, habrán de recordarle que en su fuero íntimo ya sabía cuán funestas resultan ser. *El prevenido engañado* sería, desde este enfoque, la crónica de la fragua de un prejuicio junto con la viril necesidad de interpretar todo, proyectivamente, desde esa atalaya.

Este esquema argumental de las múltiples microsecuencias anidadas en el relato, que podríamos definir como los tropiezos encadenados del protagonista, esconde un problema central que es la imposible autoevaluación de don Fadrique. Pues si bien es cierto que la narración insiste en hilvanar desaguisados afectivos, nada explica por qué el sufrido y frustrado galán jamás aprende. Puede juzgar a las múltiples mujeres con las que interactúa, pero no tiene el menor resquicio para leerse a sí mismo desapasionadamente.

Y por ello es que cabe pensar si ya, desde la presentación de su persona, la voz narrativa no señalaba esta problemática:

Murieron sus padres, quedando este caballero muy mozo, mas él se gobernaba con tanto acuerdo que todos se admiraban de su entendimiento, porque no parecía de tan pocos años como tenía. Y como los mozos sin amor dicen algunos que son jugadores sin dinero o danzantes sin son, empleó su voluntad en una gallarda y hermosa dama de su misma tierra, cuyo nombre es Serafina, y un serafín en belleza, aunque no tan rica como don Fadrique. (Zayas, 2000, p.295)

Estratégicamente, a nuestro entender, es que don Fadrique resultará construido como el varón carente de modelos parentales, fenómeno que el relato enfatiza desde la cláusula adversativa. Tiene pocos años, pero no lo parece porque su entendimiento confunde. Diagnóstico comunitario que, difícilmente, se extendiese a las *hexis* regulatorias de la virilidad en sociedad. Don Fadrique cree ser discreto, mas no advierte que al ser “danzante sin son”, está llamado a ejemplificar -aunque este no sea el cometido explícito de la maravilla de don Alonso- que, si las

mujeres necesitan educación, también los hombres deberían aprender como ser tales.

No deja de ser irónico que todo se explique, desde el *incipit*, como el resultado infausto de la falta de amor del sufrido varón ya que, como lo señalaban los manuales, donde hay pedagogía debería poder leerse el amor a la débil, el anhelo del superior por coadyuvar en el florecimiento de la mujer próxima. Por eso, cabe considerar, la enseñanza del erotismo y el ser sexuado -la falta de amor- lo emplaza en el sintomático lugar del que quiere apostar y carece de dinero, o en el de quien desearía saber el baile con el otro, pero no hay son que suene para tal subjetividad desvalida.

Y esta dimensión de la subjetividad frágil del hombre del relato, una hombría inadecuada, mal impostada o sólo reconocible por sus peores perversiones, se vuelve más evidente a poco que atendamos al modo en que cada una de las damas -en la sucesión de fracasos- se vuelve representada.

Por lo pronto es notorio que todas ellas, pertenecientes a estamentos nobles o acomodados financieramente, resulten retratadas como mujeres con letras. Saben cantar, componer poemas y canciones y ello sólo podría haberse logrado si, infaustamente para el falocentrismo, en el debate aculturador sobre la conveniencia de permitir que ellas sepan leer, hubiese prevalecido la opción débil: aquella que sugería que, en definitiva, era necesario este permiso para volverlas compañías agradables.

Efecto que, dicho sea de paso, jamás puede ser puesto en duda por los lectores con las distintas figuras femeninas del relato ya que la fama de ser discretas, en las interacciones sexuales, se corroboraría por el tipo de diálogos, las misivas que se envían, y, fundamentalmente, la belleza. Instancia que determina que en cada secuencia de conocimiento recíproco se favorezca la percepción lectora de que ellas están munidas de un suplemento del que carece el galán. Nunca, en todo *El prevenido engañado* tiene el lector la sensación de que don Fadrique se saldrá con la suya y ello se explica, a mi entender por la indeseable combinación de instrucción y mundanidad galante con que son retratadas las mujeres.

Salvo, por cierto, la boba de doña Gracia, aunque ahí, las intuiciones lectoras son de otro orden. No porque don Fadrique haya evolucionado sino, precisamente, porque consigue aquello que, para él, parecería significar correspondencia amorosa: logra casarse con una mujer y no advierte que quien terminará siendo puesto a prueba será él. ¿sabrá ser el marido que la más necia necesita?

-III-

La irrupción de Gracia en el relato sobreviene cuando don Fadrique debería parecer, sólo por el paso de los años, un hombre que ha madurado. Mas lo cierto es que lo único que le ha tributado la experiencia ha sido, dado su proceder con las mujeres, una confirmación del *a priori* disvalioso respecto de ciertas discretas con las que se topó y él habrá de universalizar. Don Fadrique nada ha aprendido de sus múltiples relaciones intergenéricas y por ello importa que la doncella que elija para desposar resulte ser, en el retorno a la Granada natal, la hija de Serafina que él había salvado de morir abandonada. Punto relevante, si lo hay, porque será la única mujer respecto de la cual habrá tenido la potestad absoluta de moldearla a su antojo. Aspecto que se explica por la necesaria intervención de la tía a quien le había entregado la criatura al nacer encomendándole que a los cuatro años la encerrara en un convento y que, además, impidiera todo tipo de enseñanza.

Gracia será la perfecta tabula rasa que erotiza a don Fadrique:

(...) en doña Gracia halló la imagen de un ángel, tanta era su hermosura y al paso de ella su inocencia y simplicidad tanto que parecía figura hermosa, mas sin alma, milagro nuevo para haberse criado entre monjas, que no ignoran nada. Y en fin, en su plática y descuido conoció don Fadrique haber hallado el mismo sujeto que buscaba, aficionado en extremo de la hermosa Gracia, y más por parecerse mucho a Serafina, su madre, medio que facilitó más su voluntad. (Zayas, 2000, p.334)

Y la narración habrá de insistir en la entidad portentosa de tal mujer pues al referir si la doncella está feliz con la propuesta matrimonial no se andará con rodeos: “Tomó Gracia esta ventura como quien no sabía qué era gusto ni disgusto, bien ni mal, porque naturalmente era boba, agravio de su mucha belleza, siendo esto lo mismo que deseaba su esposo” (Zayas, 2000, p.334).

Es memorable, en este punto, la burla que idea don Fadrique para su esposa en la noche de bodas sobre la “vida de los casados”, pues para certificar si hay en ella algún indicio de lubricidad o mínimo conocimiento erótico, la convence de que la vida matrimonial consiste en, llegada la noche, ponerse viril armadura y velar despierta mientras el marido reposa. Don Fadrique repetirá la burla cada noche, hasta las 5 de la mañana, y sólo la arropará para que descanse desde el alba hasta las 11. Interludio en el cual, por otra parte, jamás se le ocurre gozarla.

Y por eso no asombra que la siguiente escena conyugal sobrevenga cuando don Fadrique debe ausentarse del hogar y resulta timado por un galán que gozará lo que él, ignorante de cómo se deberían comportar los esposos, había postpuesto por alargar la burla -obligación que hace emerger el faltante manual para varones en nuestra lectura.

La irrupción de don Álvaro se ve facilitada por la tercería de una doncella y son particularmente cómicos los equívocos generados por la sandez de la esposa -que no tiene el menor registro del vocabulario erótico cortés y se supera, réplica tras réplica, como la más boba-, al igual que el doble asedio del galán que huye la primera noche porque cree ver un varón custodiando la recámara.

Mas el punto cúlmine de la peripecia se articula con la revelación de lo acontecido al engañado marido, puesto que todo habría ocurrido por la ignorancia supina de la consorte:

-¿Pues cómo, señora, no hacéis la vida de los casados?

-Andad, señor -dijo la dama-, qué vida de casados ni qué nada. Harto mejor me iba a mí con el otro marido, que me acostaba con él y me regalaba más que vos.

-¿Pues cómo? -replicó don Fadrique-. ¿Habéis tenido otro marido?

-Sí, señor -dijo doña Gracia-. Después que os fuiste vino otro marido tan galán y tan lindo, y me dijo que él me enseñaría otra vida de casados mejor que la vuestra. (Zayas, 2000, p.339).

-IV-

Las revelaciones de la necia son la clave envenenada del relato de don Alonso y nos permiten explorar otro de los aspectos soslayados al pensar la interacción de la escritura de Zayas con las tipologías de sujeción femenina. Todo gira, en gran medida, en torno a la impensada confesión de un “otro marido”, cláusula irreal para el contrato social del Siglo de Oro español y que, no casualmente, habrá de repetirse tres veces.

Gracia, como la trama argumental lo explica, es absolutamente impune, pues la propia ignorancia es producto explícito de la falta de educación por la que apostó el marido. Si a Gracia jamás se le planteó el interdicto de un único marido, junto con el valor cardinal de la obediencia y respeto al esposo, jamás podría haberlo adivinado. Es más, su carencia absoluta de educación sentimental -aunque suene anacrónico- impide que tenga algún tipo de registro sobre las implicancias del goce erótico que ha experimentado. Ella, con seguridad, cree que sigue siendo obediente y respetuosa con el marido porque nunca se le inculcó limitante alguna al propio cuerpo. ¿por qué, natural y espontáneamente, debería haber pensado que su virginidad y su cuerpo eran premio legítimo del marido? ¿puede llegar a comprender qué era la virginidad perdida?

Pero también cuenta, para nuestra lectura, el que Gracia termine revelándose como alguien cuya única sabiduría brota de los propios errores. Pues la seducción de Álvaro, con los

regalos y goces que le permite experimentar, la emplazan en un lugar otro. Si antes no sabía si era bueno o malo llegar a ser esposa, ahora puede apreciar que la vida de casados que le propone el galán es, a su juicio, mucho mejor. Y enfatiza este parecer con, precisamente, lo que más afectaría la hombría de un marido engañado: la cruel revelación de que con el otro disfruta y se siente deseada junto con, ingenuamente, la confesión de que el rival ha tipificado la vida de casados que don Fadrique le habría enseñado como algo malo.

La obsesión con el “otro marido” parece recorrer el texto, puesto que desde el inicio don Fadrique se agravia, recrimina y se queja de que Serafina, Beatriz o doña Violante puedan llegar a querer “otro marido”. Y esta neurosis -como adelantaba don Alonso en su preámbulo- termina concretándose en el desenlace, pero con implicancias diversas.

Puesto que, si en todo el recorrido apertural el debate por el “otro marido” trasluce inseguridad y competencia por llegar a ser el único marido de la enamorada de turno -en contextos narrativos en el que ninguno de los contendientes reales o imaginarios lo son-, en la coda burlesca de doña Gracia el “otro marido” se revela realidad palpable que la necia no puede desambiguar. ¿cómo logrará controlar la vergüenza resultante de una boba que cuenta maridos como si fuesen vestidos intercambiables?

Y ello se potencia aún más por el valor de “otro”, noción que me interesa enfatizar, puestos a sacar algunas conclusiones, porque el lugar de la otredad en los manuales de educación femenina les corresponde siempre a ellas. De ahí que, lógicamente, haya una obsesión en estos textos por nominar lo correcto en su progresiva y continua rección. Escribirlas es, siempre, conjurar la incomodidad ante lo distinto, un proceso de reducción de las diferencias a algo controlable. Ángulo desde el cual, ciertamente, se comprende la sentencia de muerte que le ha tributado la boba de Gracia a su esposo.

Don Fadrique, por vez primera, es emplazado en el lugar del otro por cuanto Don Álvaro ha hecho añicos el ilusionismo de centralidad que su control delirante sobre la esposa le tributaba. Y es así que descubre, tarde y sombríamente, que él también puede ser ese otro al cual siempre se le señalen errores o inadecuaciones en las interacciones cotidianas con sus deudos, coyuntura que, anécdota tras anécdota, los manuales de educación femenina ejemplificaban para lograr parir la perfecta esposa.

En *El prevenido engañado* resuenan los debates pedagógicos de los manuales -por vía explícita con ellas, por un cauce implícito respecto de él- y es de notarse, en síntesis, cómo una de las diferencias que Zayas gusta explorar es hasta qué punto la pedagogía de las y los débiles es pedagogía y cuál es, en síntesis, el lugar de la libertad de cada cual, temática que más cervantina no podría ser.

Referencias bibliográficas

- Vila, Juan Diego (2006 a). ' *Aquella ministra de el demonio Celestina*': El fantasma de Celestina en la manualística de sujeción femenina del siglo XVI, *Texturas, Estudios Interdisciplinarios sobre el Discurso*, VI, 6, 129-141.
- (2006 b). Elogio de las feas: modulaciones para la sujeción femenina en Juan de la Cerda. En *Debates actuales. Las teorías críticas de la literatura y la Lingüística* (Buenos Aires, 18 al 20 de octubre de 2004) (CD ROM), Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras.
- (2011). Juan de la Cerda y la burocracia celeste: una fábula de ángeles en huelga, una Virgen sorda y un Dios extorsionador. En *Mora*, 2011.
- Zayas y Sotomayor, María de (2000). El prevenido engañado. En *Novelas amorosas y ejemplares*. Madrid: Cátedra.

**Convergencias y desplazamientos.
La literatura española del siglo XIX
a nuestros días**